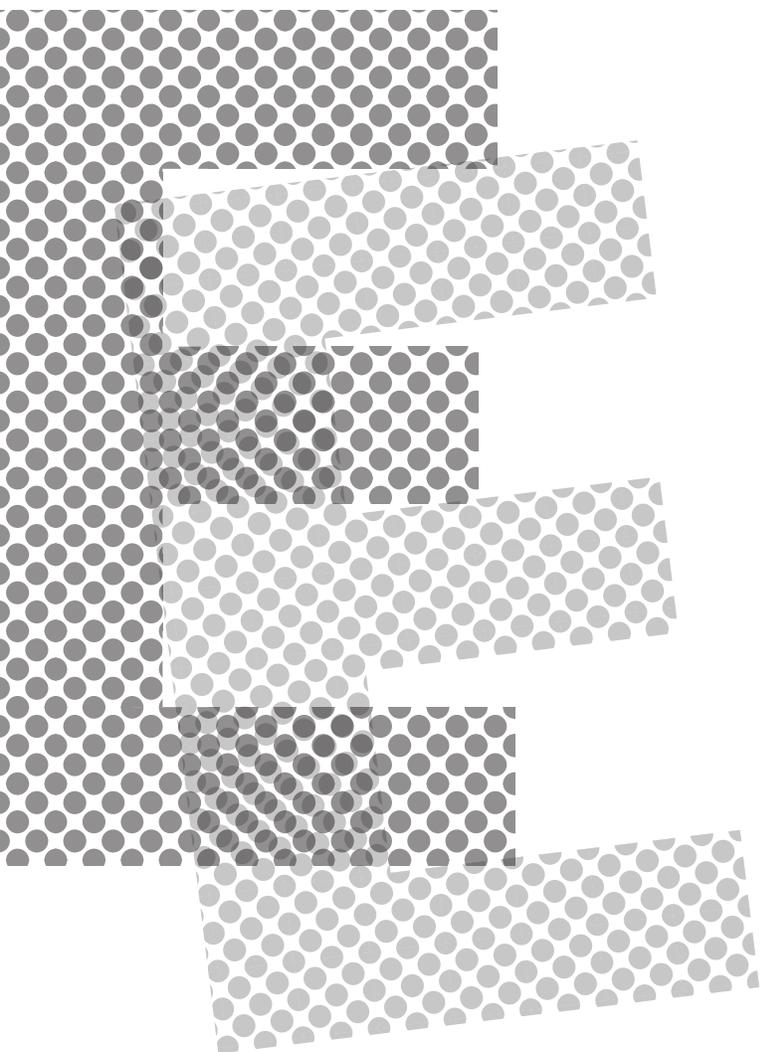


Empobrecimiento y sucesión generacional: un estudio sobre familias

Rosa María Voghon Hernández
Socióloga. Universidad de La Habana.



En este artículo se presentan los resultados del estudio de un grupo de veinticinco familias pobres en distintos espacios de Ciudad de La Habana. El objetivo central consistió en analizar las condiciones socioculturales que evidencian la dinámica de cambios y continuidades en distintas generaciones respecto a los procesos de reproducción de la pobreza, para lo que se consideró como punto de partida y contexto sociohistórico el triunfo de la Revolución cubana.¹

Ese recorte temporal resultó importante para encontrar las conexiones con algunas de las variables que a nivel macrosocial pudieran estar incidiendo en dichos procesos y realizar un análisis contextual de las dinámicas de empobrecimiento a lo largo del tiempo, a partir de dimensiones estructurales como el papel de las políticas sociales en la configuración de una estructura de oportunidades, y su articulación con las dimensiones que desde lo microsocio-familiar permiten explicar la persistencia de la pobreza.

Otro objetivo de la investigación era dar cuenta del limitado acceso de esas familias a la estructura de oportunidades, dimensión mediante la que se podía evaluar la realización efectiva de las políticas sociales, en tres áreas esenciales: educación, ocupación y salud. También fueron analizadas aquellas condicionantes culturales que en las dinámicas generacionales —en sus similitudes y diferencias— a través del tiempo, contribuyen a la (re)producción de la pobreza; a pesar de existir un contexto sociohistórico encaminado a su superación.

Además, a continuación se señalan algunas interrogantes que fueron emergiendo en el transcurso

de la indagación y que pudieran servir para futuras aproximaciones al tema, lo que contribuiría a la necesaria profundización en torno al fenómeno de la pobreza en Cuba.

Políticas sociales «universales»: las contradicciones en su implementación

La discusión académico-política le ha otorgado al concepto de desarrollo un halo extremadamente economicista, que se ha traducido en una noción material de las metas para alcanzar objetivos vinculados al logro del bienestar.²

La necesidad de pensar hoy en cuestiones vinculadas al alcance de objetivos de desarrollo implica reflexionar en torno a la superación de desigualdades de todo tipo (género, étnico-raciales, generacionales, territoriales) y en sus múltiples niveles de expresión (internacional-nacional-local); así como sobre las inequidades resultantes de las lógicas actuales de reproducción de los sistemas sociales que generan empobrecimiento y precarización de las condiciones de vida de grupos sociales cada vez más amplios.

La preocupación por la pobreza y sus consecuencias sociales ha tomado un creciente auge a nivel mundial. Por ello, resulta impostergable tratar el fenómeno en su multidimensionalidad considerando no solo los diferentes niveles y/o formas que adquiere en el mundo actual, sino todas aquellas relaciones sociales que contribuyen a configurar y desarrollar los procesos de su (re)producción a pesar de la existencia de metas y objetivos sociales para su «erradicación».

La reflexión sobre los procesos de (re)producción de la pobreza es relativamente reciente. Ello se explica a partir del predominio de una perspectiva cuantitativa en los estudios y las investigaciones que ha incidido en una visión de la problemática más como «estado» desde una mirada estática sobre «los pobres» y una «obsesiva» creación y desarrollo de métodos para la elaboración de clasificaciones que permitan su identificación cuantitativamente; lo que no tiene en cuenta los procesos estructurales que en cada contexto favorecen e inciden en su extensión y ampliación a nivel mundial.

Las agencias financieras y los organismos internacionales ponen el énfasis en una perspectiva que entiende la pobreza como una cuestión vinculada con las formas de utilizar los recursos por parte de la sociedad y de las personas, donde las maneras de salir de la situación de privación están conectadas con la capacidad, habilidades o destrezas con las que los individuos pueden convertir los bienes de que disponen en recursos³ y desligadas de las dinámicas sociales que producen la desigualdad.

El Estado se constituye en uno de los agentes más importantes para desplegar intervenciones encaminadas a la erradicación de la pobreza como fenómeno social. Por ello, para comprender los procesos actuales que median en la existencia del empobrecimiento, es preciso analizar en escenario(s) o espacio(s) particular(es) cómo se mueve el trazado de las políticas sociales y la aceptación o conflictos que las familias tienen ante ellas, lo que permite entender las rupturas, los cambios y/o lo que permanece, como factores mediadores en la superación o persistencia de condiciones de pobreza en algunos grupos familiares.

Las políticas sociales son potenciales modificadores/reforzadores, constitutivas y moduladoras de la estructura social de la desigualdad (por ejemplo, clase, etnia, género, edad, etc.);⁴ pues no se limitan a compensar desigualdades, sino también, y principalmente, las definen y modulan. En otras palabras, la política social intenta alterar los flujos de recursos de bienestar entre los sectores.⁵

Para entender en qué medida se produce una provisión de bienestar satisfactoria o limitada en las sociedades actuales, resulta imprescindible analizar cómo se involucran e interrelacionan en la práctica las esferas del Estado, el mercado y la familia (o las redes de apoyo informal); actores que se vinculan con muchos procesos políticos y económicos.⁶

A través de la relación entre el Estado y la familia, pretendo dar cuenta de la relevancia de ambos elementos para la supresión de mecanismos (re)productores de la pobreza.

Algunos autores advierten que en la mayoría de los países, tanto los modelos como las prácticas de políticas sociales están anclados en un modelo de familia, generalmente implícito y a menudo bastante alejado de la realidad cotidiana de sus destinatarios. Dado el papel central que la familia «real» tiene en las prácticas en que concretamente se activan las políticas sociales, el análisis de la organización familiar debiera ser uno de los ejes principales de los diagnósticos sociales y de la determinación de los mecanismos de implementación de políticas.⁷

Es necesario prestar atención al intercambio intergeneracional para trascender el enfoque de políticas sociales segmentadas por grupos sociales (niños, adultos mayores, mujeres); hacia una visión que permita comprender las conexiones directas y estrechas entre el desarrollo de relaciones de comunicación y soporte entre las generaciones presentes en las familias.

Entre las principales dificultades de las políticas dirigidas a la familia se encuentran su marcado carácter asistencial, a partir de los beneficios otorgados a los individuos con el objetivo de asistirlos en sus cargas y obligaciones familiares; y una marcada tendencia a políticas matrifocales centradas en la mujer y en la

relación niño-madre; las que, por consiguiente, no son pensadas desde la familia como unidad, al concentrarse en las necesidades de los individuos particulares a través de su ciclo de vida. En cierta medida se ha conformado un modelo indirecto de políticas que incide en la familia, con un carácter fuertemente residual del papel que esta debe desempeñar en su diseño e implementación.⁸

En América Latina la discusión en torno a la implicación del actor familia en las políticas sociales en los últimos años refleja la reorientación en los contenidos y en la institucionalidad de las prácticas políticas para la atención a la pobreza y los procesos de desigualdad que la generan y contribuyen a su (re)producción, íntimamente relacionada con los resultados del ajuste estructural y el asentamiento del neoliberalismo.

Esa reorientación en los mecanismos de implementación, pese a sus limitaciones,⁹ tiene una importancia vital en el mejoramiento de algunas variables esenciales que en el largo plazo conllevan un efecto de rebalse de los círculos de empobrecimiento. Su rasgo particular es que se basa en transferencias (condicionadas) directas y en la posibilidad de beneficiar a una significativa cantidad de grupos familiares en los diversos países latinoamericanos donde se ha aplicado tales mecanismos. Entre ellos los más conocidos son el Programa Oportunidades (México), Puente Solidario (Chile), Bolsa de Familia (Brasil).

La orientación de las políticas sociales en Cuba responde a un desarrollo relativamente diferente al recorrido por los países latinoamericanos. Sin embargo, es posible entablar conexiones entre ambos contextos durante la década de los 90 del siglo pasado en cuanto a las transformaciones que en el escenario mundial se derivaron a partir del desmantelamiento del bloque socialista en los países de Europa del Este.

El recorrido por el trazado e implementación de las políticas sociales durante la Revolución cubana, no puede obviar los fundamentos del proyecto de cambio social que esta implicó. Desde sus inicios, se tomaron medidas y se dictaron leyes que, aunque no incluidas bajo la categoría de política social, formaban parte de una estrategia de desarrollo, y de transformación de las bases estructurales del patrón de desigualdades existentes en la sociedad anterior.

En Cuba se comprendió tempranamente el carácter multidimensional de la equidad, que la vinculaba no solo a la distribución del ingreso, sino a la igualdad de oportunidades y de acceso, a la creación y elevación de las capacidades humanas, al derecho a la seguridad social, a los niveles de protección adecuados en cada etapa de la vida y a la supresión de las relaciones de explotación.¹⁰

Las transformaciones radicales a niveles estructurales de las medidas revolucionarias implicaron la centralidad del papel del Estado en acciones contra el desamparo y favorecedoras del acceso de amplias mayorías a la protección y a las garantías sociales, sobre todo en las primeras etapas del proceso.

Con la crisis de los 90 se replantean cuestiones vitales de manejo de la política social en un contexto donde afloran con fuerza problemas que se consideraban resueltos en la etapa precedente —como la pobreza¹¹— y la complejización y heterogeneidad de un escenario del cual emergen diversos grados y espacios de desigualdades sociales.

La aparición de brechas de inequidad en el acceso y aprovechamiento de determinados grupos a los «espacios de igualdad»¹² en ese período contribuyó a la emergencia de un conflicto entre los proyectos de vida, la configuración de expectativas (familiares-individuales) y la existencia de una estructura de oportunidades creada a partir de políticas sociales que operaban bajo una creciente desigualdad en el desempeño del régimen de bienestar social y sus alcances. Es necesario preguntarse, sin embargo, si la visibilidad de esta desigualdad no tendrá también conexiones con contextos de empobrecimiento anteriores, concentrados y reproducidos en algunos grupos familiares y articulados además con dimensiones de género, raciales, generacionales y territoriales.¹³

La crisis puso de manifiesto que existía un grupo de problemas, desventajas y desigualdades sociales que las políticas y los programas llevados a cabo por el Estado no habían podido superar. Estos se expresaban, considerando la coyuntura, de manera más intensa y explícita, y otorgaban al mercado una centralidad indiscutible. Aún hoy, a pesar de que en el país se van sintiendo los resultados de una ligera recuperación en todos los ámbitos de la vida social, sobrevive un mercado segmentado para la satisfacción de las necesidades básicas de los grupos-familias, lo cual incide directa y notablemente en la precarización de las condiciones en que estos desarrollan su vida cotidiana.

Dentro de las condiciones precarias asociadas a las limitaciones del bienestar, resultantes de incompletas inserciones sociales en el mercado de trabajo y del desigual aprovechamiento de los recursos universales, las privaciones más significativas son la escasa alimentación y el mal estado de las viviendas.¹⁴

A estas limitaciones se añade el deficiente funcionamiento de las redes de comunicación y administración sectorial estatal-familias, lo que pone de manifiesto la falta de oportunidades efectivas de participar en los procesos de toma de decisiones, y las pocas posibilidades de incidencia real que tiene la participación altamente formalizada de las familias.

Como es obvio esta situación no estimula la confianza de estas poblaciones y no promueve el sentimiento de ser capaz de hacer y proponer. Tal situación remite a una de las condiciones de reproducción de la pobreza, pues las personas, al no poder cubrir necesidades básicas de manera autónoma, no se convierten en agentes en la delimitación de los horizontes de bienestar.¹⁵

De manera general todos los ciudadanos cubanos reciben beneficios mediante la implementación del sistema de políticas sociales universales antes explicado; pero son insuficientes para sostener regímenes de bienestar virtuosos, o procesos de superación de la pobreza. Esto se debe, sobre todo, no solo al reducido despliegue de recursos redistributivos sino a que han sido en gran medida asistencialistas¹⁶ y no logran revertir su funcionamiento en acciones de promoción familiar o comunitaria.

Es preciso discutir en torno a la idea de que el universalismo no garantiza necesariamente la supresión de mecanismos de reproducción de la pobreza y las desigualdades heredadas a partir de las dinámicas existentes antes del triunfo revolucionario, sumado a la presencia de aspectos de reforzamiento en el escenario posrevolucionario para determinados grupos.

A su vez, estos mecanismos han estado íntimamente relacionados con las tensiones vivenciadas por el modelo de desarrollo social cubano y que se deben a la dependencia externa económica más o menos reforzada en determinados períodos, el desequilibrio entre políticas económicas y sociales, la débil articulación y funcionamiento de las instituciones, el bajo perfil para la toma de decisiones a nivel local, entre otras.

Las familias que se analizan a continuación muestran el peso que tienen en el aprovechamiento y en el acceso a la estructura de oportunidades sus puntos de partida en articulación con las contradicciones que se generan en la implementación de las políticas sociales universales, para superar procesos de transmisión intergeneracional de la pobreza.

La transmisión intergeneracional de la pobreza

El ámbito familiar es un espacio privilegiado para reconstruir las dinámicas asociadas a procesos diversos y múltiples que inciden en la (re)producción de la pobreza a lo largo del tiempo. La franja de pobreza urbana en Cuba se calculó por el Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE) en 1999 en alrededor de 20%. Pero el estudio a nivel nacional no se ha replicado, lo cual constituye una limitante esencial para determinar si ese indicador ha variado. La otra dificultad es que solo se calculó para territorios urbanos —en sentido general, las investigaciones en zonas rurales han sido más escasas. Por las especificidades

del caso cubano, Ángela Ferriol utiliza el concepto de «pobreza con protección y garantías», mientras que Aurelio Alonso empleó el término «pobreza sin desamparo».¹⁷ El análisis de las trayectorias familiares permitió visualizar la cristalización de algunas de las contradicciones apuntadas anteriormente en el trazado e implementación de las políticas sociales. Para ello, resultó de vital importancia analizar los procesos de empobrecimiento a partir de dimensiones mediadoras que inciden en cómo acceden y en qué condiciones lo hacen las familias a la estructura de oportunidades en distintos períodos en la realidad cubana.

Resumiendo los valores sociodemográficos de las familias estudiadas,¹⁸ se encontró un predominio de mujeres de 40 a 44 años, de raza negra, solteras, que viven en familias monoparentales y pocos hijos (uno a dos hijos). Respecto a las condiciones de las viviendas y el equipamiento, prevalecieron los grupos familiares que residían en habitaciones en solares y/o ciudadelas, con un escaso número y tipo de efectos electrodomésticos.

Para un análisis profundo de las familias a través de sus historias de vida,¹⁹ consideramos aquellos circuitos relevantes para mostrar procesos de privación o empobrecedores relacionados con la inserción ocupacional y educativa, así como el acceso a los servicios de salud.²⁰ También se rastrearon las percepciones del cambio en las condiciones de vida familiares a partir de la crisis de los 90.

Las diversas trayectorias generacionales estudiadas, permiten visualizar el rápido ascenso educacional y de estabilidad en las condiciones de vida familiar en sentido general que a partir del triunfo revolucionario es posible constatar en quienes desarrollan su infancia, adolescencia y adultez a raíz de ese acontecimiento histórico.²¹

Entre los entrevistados que nacieron después de 1959 predominaron los niveles de escolaridad de secundaria y técnico medio superior terminado. Ello es significativo si lo comparamos con la situación escolar de sus padres y abuelos, que mostraba un predominio de personas analfabetas y otras sin terminar la primaria.

Los avances educativos en las generaciones nacidas después del 59 guardan una conexión estrecha con lo logrado, en materia de escolarización, en el país como resultado de políticas educativas sistemáticas con una marcada intención inclusiva.

No obstante, junto a los relativos avances mencionados, se constató una insuficiente inserción de las familias estudiadas en el espacio escolar, lo que evidencia la importancia de considerar dentro de las propias dinámicas familiares la existencia o no de un clima favorecedor de las posibilidades y despliegue de opciones educativas entendidas en

Muchas familias identifican la crisis de los 90 como el punto de partida en que presenciaron una caída en sus niveles de vida, lo que se relaciona sobre todo con la pérdida real del poder adquisitivo del salario y la imposibilidad de satisfacer el consumo de necesidades básicas como la alimentación, artículos de aseo personal, la reparación y mantenimiento de las viviendas.

sentido amplio, como capital cultural;²² dentro del contexto intrafamiliar como un modelador relevante del aprovechamiento (o no) de las opciones educativas de las generaciones más jóvenes.

En el país existen importantes programas encaminados a lograr la inclusión escolar y favorecer la permanencia de los estudiantes en la escuela. Sin embargo, la institución y las políticas educativas no generan por sí mismas los mecanismos para lograr con efectividad esos objetivos. En tal proceso, las familias constituyen un ámbito de acción importante como soporte esencial de los requerimientos escolares en las primeras etapas de la vida de los niños y adolescentes, lo que forma parte consustancial de los alcances posibles que pueda tener la inversión social en materia de educación.

Para la reflexión sobre las trayectorias escolares, son tan significativas las primeras etapas formativas, como las posibilidades de soporte familiar para la continuación de estudios. La vocación profesional conlleva aspiraciones, información por parte de la familia y de la escuela sobre las diferentes opciones a disposición de los estudiantes. Esta fue una limitación común en los casos estudiados: los padres no podían ayudar a las generaciones más jóvenes en la elección de las posibilidades para una superación allende la educación básica.

Un elemento importante que atenta contra el aprovechamiento de las oportunidades educativas es la ausencia y abandono de la figura paterna no solo desde el punto de vista físico y en términos de soporte material, sino desde lo afectivo y educativo, lo que se expresa, además, como un patrón repetido a través de las generaciones.

El limitado acceso a las oportunidades educativas se conecta directamente con las causas que inciden en el abandono escolar, tanto de los hombres como de las mujeres, como la necesidad de comenzar a trabajar para ganar independencia económica, una vez terminada la secundaria u obtenido el título en una carrera técnica, ante la imposibilidad de la familia de mantener el sustento de los entrevistados para que continúen estudiando.

Cuando se considera la variable sexo, se advierte que la razón por la cual los hombres interrumpen sus estudios, se relaciona con la necesidad de garantizar el sustento económico propio y el de los otros familiares. En cambio, para las mujeres, los motivos de deserción

escolar están vinculados al embarazo en edad temprana, lo que, para algunas de ellas, representa el fin de sus posibilidades de continuar y completar estudios.

La escolaridad es una variable que permite indagar sobre las posibilidades reales de acceso a opciones educativas por parte de los entrevistados y también comprender su articulación con la entrada de esos grupos al mercado laboral.

Los discretos progresos en los niveles de escolaridad se traducen en ocupaciones laborales que exigen una baja cualificación, lo cual pudiera estar evidenciando bajos niveles de retorno que para algunos grupos familiares tiene la inversión social que realiza el Estado como parte de su política educativa y de inserción laboral.

El ámbito educacional y el laboral expresan de manera más visible la fragilidad del capital relacional con que cuentan las familias para movilizar posibilidades de inserción en una u otra esfera, lo cual es mayor después de la crisis de los 90.

La existencia de una red social que permita una inserción en los sectores económicos favorecidos a partir de las políticas de dicha década constituye uno de los principales mecanismos a través de los que se expresa la desigualdad y así es reconocido por las familias entrevistadas. A pesar del relativo ascenso educacional constatado en las generaciones más jóvenes, este no logra traducirse en posibilidades concretas de desarrollar su labor profesional en el marco de trabajos cualificados y en sentido general en los sectores antes mencionados. Ello, en definitiva, incide en su posicionamiento dentro del mercado laboral en espacios que no permiten obtener ingresos adecuados para lograr condiciones de vida por encima de los umbrales de subsistencia.

Respecto al análisis de los servicios de salud y la utilización que las familias hacen de estos, se constató un mayor dinamismo de la utilización de las redes sociales. Aun cuando, para el caso cubano, el acceso a ese recurso no esté mediado por la capacidad monetaria para sufragar los costos, las personas sí reconocen el empleo y movilización de «recursos relacionales» para asegurar accesos con calidad a las instituciones de salud, prácticas que, además, evidencian el rebalse de la distribución territorial de esos servicios en el país.

Un último aspecto por abordar es la percepción sobre la pobreza que estas familias reflejan en sus

discursos, íntimamente conectada con los cambios que se produjeron en el contexto cubano a partir de las consecuencias de la crisis de los 90 y el Período especial.

A lo anterior se adiciona el hecho de que las percepciones de un antes prerrevolucionario y un después del 59, circunstancias vividas por las generaciones más antiguas en las familias, configuran de manera marcada las percepciones que las generaciones más jóvenes tienen sobre la crisis de los 90 y sus impactos en la vida cotidiana, donde el antes y el después no solo van a estar referidos a los marcos del proceso revolucionario, sino también al momento actual examinado a la luz de las vivencias de los abuelos.

Fue unánimemente reconocido en la investigación que a partir de los 70 y sobre todo durante los 80, las familias comienzan a experimentar una mejora significativa de sus condiciones de vida, lo que se expresaba en lo fundamental en las posibilidades que brindaba la distribución familiar de los ingresos, los que se podían destinar a un rango mayor de opciones recreativas, pero sobre todo al consumo de una adecuada dieta alimentaria.²³

Es por ello que muchas familias identifican la crisis de los 90 como el punto de partida en que presenciaron una caída en sus niveles de vida, lo que se relaciona sobre todo con la pérdida real del poder adquisitivo del salario y la imposibilidad de satisfacer el consumo de necesidades básicas como la alimentación, artículos de aseo personal, la reparación y mantenimiento de las viviendas.

Resulta significativo que a partir de los 90, y a diferencia de períodos anteriores, la percepción de la pobreza en las familias estudiadas está anclada a su vínculo con la desigualdad; la referencia para explicar sus condiciones actuales está siempre relacionada con las décadas precedentes, y otros grupos y colectividades sociales existentes en la realidad cubana actual. Además, es interesante cómo reconocen que en esa desigualdad median condiciones que no están directamente vinculadas con el aporte de las personas mejor posicionadas a la sociedad y las capacidades de desarrollo del sistema productivo interno del país.

Reflexiones finales

Es necesario remarcar que si bien las políticas universales que han predominado desde el triunfo de la Revolución han logrado avances significativos en el bienestar de la población, en los actuales momentos del desarrollo social del país, precisan ser combinadas con instrumentos de focalización y/o políticas afirmativas, que permitan desarrollar acciones encaminadas a la

creación y el despliegue de mecanismos y agentes que contribuyan a la superación de la pobreza. En ese camino, resulta imprescindible considerar la diversidad de tipos familiares y una perspectiva de la participación centrada en el logro de su autonomía para la transformación de sus condiciones de vida. También que la baja movilidad entre quienes provienen de hogares desfavorecidos incrementa las probabilidades de que la pobreza sea persistente y heredada a través de las generaciones; y que las condiciones iniciales en las familias de origen desempeñan un papel determinante en el destino de los individuos.

A pesar de la precariedad en las condiciones de vida que evidencia el análisis de las trayectorias familiares, ha habido «relativos» avances que muestran el impacto generado por los cambios revolucionarios, incluso para estos grupos familiares, sobre todo en las esferas, de educación e inserción laboral. Sin embargo, dichos avances son insuficientes para rebasar el círculo de reproducción de la pobreza en que se encuentran atrapadas a través de las generaciones las familias estudiadas.

Los procesos de reproducción de la pobreza a través de las generaciones en esas familias tienen un doble carácter. Por una parte se expresan en términos de sus condiciones materiales de vida: estado precario de la vivienda y su equipamiento, bajos niveles de escolaridad, inserción laboral, fundamentalmente en empleos con poca cualificación en el sector estatal que reportan bajos ingresos.

Por otra parte, dichos procesos responden a otros de reproducción cultural anclados en pautas familiares que persisten en el tiempo: desigualdades intergeneracionales expresadas en el ejercicio de los roles paternos-filiales y las responsabilidades afectivas y materiales que de ello se derivan también representan una de las causas del abandono escolar a edades tempranas. En este aspecto resulta relevante, además, la insuficiente preparación de los padres para favorecer un clima educativo que permita alcanzar mayores niveles de escolaridad en las generaciones más jóvenes, así como las carencias materiales, que hacen que la opción de interrumpir los estudios se presente como la única alternativa posible.

Sumado a estos factores, un análisis en profundidad de las trayectorias familiares permite afirmar que la crisis implicó un empeoramiento en las condiciones precarias de partida con que estos grupos debieron enfrentar las consecuencias de ese proceso, pues elementos como el ambiente familiar, la distribución de los gastos familiares, las condiciones habitacionales, las características del barrio y las relaciones entre los vecinos resultan pistas interpretativas de los niveles en que la pobreza se manifestaba en esos grupos familiares en las décadas precedentes a los 90.

El impacto positivo de las políticas sociales llevadas a cabo en el contexto revolucionario constituye un elemento relevante incluso para los grupos familiares que viven en condiciones de pobreza, pues las generaciones nacidas después de 1959 logran mayores niveles de acceso a oportunidades vedadas o limitadas para las anteriores.

Sin embargo, la comprensión de los procesos actuales de la (re)producción de la pobreza en el país tiene no solo una conexión significativa con las variables intermedias aquí mencionadas a nivel intrafamiliar, sino que también operan en y a través de los vacíos estructurales que se producen a partir de las contradicciones en la aplicación de las políticas sociales y sus alcances, así como con el contexto local-comunitario en que esas familias se desenvuelven.

Plantearse la cuestión de superar los mecanismos de (re)producción de la pobreza y la desigualdad implica reflexionar en torno a las alternativas desde un proyecto ético-político que tenga como objetivo central la universalización del bienestar para aquellos grupos que en el desarrollo del conjunto de la sociedad van quedando en desventaja social respecto a otros. Actualmente, promover acciones encaminadas a (re) establecer la equidad y la justicia social para garantizar la integración plena de esos grupos es también uno de los retos de Cuba.

Notas

1. El presente artículo es el resultado de una investigación realizada por la autora y que contó con el apoyo de CLACSO-CROP, así como la elaboración de su Tesis de Maestría «La transmisión intergeneracional de la pobreza: entre el cambio y la reproducción» (Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 2009).

2. A pesar de la reorientación de algunas políticas, sobre todo en América Latina, los mecanismos de ajuste estructural que fueron activados con el establecimiento del neoliberalismo, no han desaparecido, siguen reproduciéndose como «la respuesta eficaz» ante la crisis profunda que vivencia el sistema capitalista, aunque la ideología del efecto derrame (*trickle down*) ha mostrado su limitada capacidad para dar respuesta a los problemas del desarrollo en el mundo actual.

3. Sonia Álvarez, «Los discursos minimistas sobre las necesidades básicas y los umbrales de ciudadanía como reproductores de la pobreza», en Sonia Álvarez, coord., *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*, CLACSO/CROP, Buenos Aires, 2005, pp. 239-50.

4. Véase Pablo Rodríguez Ruiz, *Los marginales de las Alturas del Mirador. Un estudio de caso*, Colección La Fuente Viva, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2011.

5. Véase Ángela Peña y Rosa M. Voghon Hernández, «¿Políticas sociales universales vs. reproducción de la pobreza?: encrucijadas y desafíos del modelo de protección social cubano», Ponencia presentada al Seminario Pobreza y protección social universal: experiencias latinoamericanas y perspectivas comparadas, México, DF, 7 al 9 de diciembre de 2011.

6. Véase Mario Alfredo Navarro, «Modelos y regímenes de bienestar social en una perspectiva comparativa: Europa, Estados Unidos y América Latina», *Desacatos*, n. 021, México, DF, 2006, p. 110.

7. Véase Elizabeth Jelin, «Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales. Hacia una nueva agenda en las políticas públicas», en Irma Arriagada, ed., *Políticas hacia las familias: protección e inclusión social*, CEPAL, División de Desarrollo Social, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2005, p. 4.

8. Véase Pierpaolo Donati, «Old and New Policies. The Perspective of Relational Sociology», *Sociología, Problemas e Prática*, n. 54, 2007, pp. 127-59, disponible en www.scielo.oces.mctes.pt (consultado el 4 de septiembre de 2008).

9. La implementación de este tipo de programas no ha sido homogénea para toda América Latina. Otro de sus elementos limitantes es la focalización basada en subsidios, lo que tributa a la elaboración de un arsenal de instrumentos técnicos para identificar poblaciones objeto de esas políticas y establecer las «condicionalidades» que estas deben cumplir para lograr esas prestaciones sociales. La discusión sobre su alcance y los objetivos de más largo plazo que debieran trazarse para incidir sobre los mecanismos estructurales que contribuyen a la (re)producción de la desigualdad permanecen sin ser tocados en su esencia. A ello habría que adicionar los graves problemas de integración social que aún evidencia el continente.

10. Véase Aurelio Alonso, «Lidiar con la pobreza en el Caribe hispano», CD-ROM, Taller CIPS, La Habana, 2006.

11. En los años 80, importantes economistas cubanos publicaron un libro donde explicaban mediante un análisis de varios indicadores la evidencia de la erradicación de la pobreza en el país como resultado de los altos niveles de vida alcanzados en esa etapa. Véase José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno, *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

12. Véase Mayra Espina, *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*, CLACSO, Buenos Aires, 2008.

13. Para analizar la realidad cubana resulta imprescindible no confundir universalidad con homogeneidad, así como tener en cuenta que los procesos distributivos de los derechos universales han tenido diferentes expresiones (materiales, culturales, históricas) basadas en desigualdades a lo largo del tiempo entre diversos grupos sociales, localidades y territorios. Véase Mayra Espina, «Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad y procesos de complejización de la sociedad cubana», CD-ROM, Taller CIPS, La Habana, 2006.

14. Esta característica se viene sedimentando como uno de los rasgos distintivos de la pobreza en Cuba. Véanse María del Carmen Zabala, *Familia y pobreza en Cuba. Estudios de caso*, Publicaciones Acuario, La Habana, 2010; y Ángela Ferriol, Maribel Ramos y Lía Añé, «Reforma económica y población en riesgo en Ciudad de La Habana», *Revista Investigación Económica*, n. 1-2, La Habana, 2006.

15. Véase Ángela Peña, «Vulnerabilidad ambiental y reproducción de la pobreza urbana. Algunas reflexiones sobre su relación en territorios periféricos de Ciudad de La Habana», Informe final de beca de investigación (categoría junior), 2010, p. 21.

16. Mayra Espina, *Políticas de atención a la pobreza...*, ob. cit.

17. Ángela Ferriol, «Explorando nuevas estrategias para reducir la pobreza en el actual contexto internacional. Experiencias de Cuba», Ponencia en el Taller Reducción de la pobreza en el Caribe, La Habana, 2002, p. 41; Aurelio Alonso, ob. cit., p. 27.

18. Las familias fueron seleccionadas, sobre todo, a partir de tres criterios. Uno de ellos estuvo relacionado con el plano material y las condiciones en que se reproduce la vida cotidiana de estos grupos, a partir de los indicadores: estado constructivo de la vivienda donde residen y la utilización-distribución de los ingresos para la satisfacción de necesidades primarias como alimentación y equipamiento del hogar. El segundo criterio fue la disposición de las familias a brindar información a partir de sus capacidades comunicativas para expresar la memoria familiar. Por último, fueron consideradas tres generaciones: la de los abuelos, la de los padres y la de la entrevistada (las mujeres resultaron protagonistas en veinte entrevistas, incluso ellas fueron reconocidas por los miembros del sexo masculino como las conocedoras para responder a preguntas sobre dinámicas familiares). Aunque esas generaciones conviviesen o no en el mismo hogar de la persona entrevistada, se consideró relevante para su selección la existencia de redes de comunicación y apoyo entre sí.

19. Las historias de vida constituyen un método cualitativo que posibilita conectar trayectorias de vida familiares con el contexto más amplio en que estas se desenvuelven. Una importante limitante para la investigación longitudinal para el caso cubano es la ausencia de estudios cuantitativos que permitan un diagnóstico de condiciones de vida de los hogares a través de la comparación entre diferentes tipos familiares en el tiempo. No obstante, el método brinda posibilidades para indagar sobre cambios y continuidades en espacios y tiempos concretos. Una dificultad y, a la vez, el valor principal del método es precisamente su soporte en la memoria.

20. En Cuba las políticas sociales han tenido un importante impacto en los procesos de integración social y en el logro de índices de escolaridad, de salud e inserción ocupacional. Las familias estudiadas muestran los límites para superar condiciones de pobreza a partir de una inserción desfavorable en la estructura de oportunidades.

21. De las veinticinco personas encuestadas, dieciséis nacieron después del triunfo de la Revolución.

22. Por capital cultural se entiende no solo el educacional, sino también el soporte familiar para el logro de adecuados aprendizajes escolares, las relaciones paternos-filiales y su función educativa; la familia como mediadora en procesos como el consumo cultural (participación en actividades culturales, conformación de hábitos de lectura o de otros aprendizajes para la apreciación de manifestaciones artísticas) y formas de comunicación intergeneracional.

23. Es necesario realizar investigaciones que ahonden en las historias de vida como método para estudiar a las familias pobres, y así develar las condiciones generadoras de la profundización, para algunas, de su situación de pobreza, a partir de la década de los 90 y explicar las configuraciones que ese proceso adopta con posterioridad a la crisis; así como sus diversos impactos entre grupos familiares, dado que puede ser que para algunos grupos familiares, la situación de relativa privación sostenida en el tiempo haya implicado condiciones de partida más precarias para enfrentar las consecuencias sociales que sobrevinieron durante esa etapa.

©TEMAS, 2012